

Años mil fueron nuestras exposiciones cuartas planas de periódicos, revistas espeluznantes, esquelas fúnebres, pasos de entierros, muertes, asolamientos y fieros males.

Montón de ancianos ridículos recargados de burlete y pelote en las barbas, pasaron como estudios académicos; damas de patchouli, pintadas á la bergamota y al opoponax, diéronse tono de representantes de la pintura aristocrática; frailotes estúpidamente sonrientes ó caballeros de Flandes, copa en mano y espada al cinto, pretendieron crear la pintura de género. Mientras nuestros pintores consumían su talento en vejez estúpidas que hacían soltar una carcajada de lástima á Meissonnier, la gente extranjera invadía nuestros museos para robarnos el nacional aliento. Cuando Regnault venía á España, íbase derecho á Velázquez y gritaba: «¡Odio al gris!» Delacroix y otros arrebataban de nuestros antiguos lienzos su entero y fecundo color para robustecer sus anémicas paletas.

Cuatro académicos necios, recargados de pelucones á semejanza de borregos merinos, ocupábanse en la estúpida labor de dictar recetas con que almidonar y atiesar nuestro arte. Y en tanto los Greco, los Pantoja, los Goya, los Zurbarán, los Valdés Leal, los representantes de una pintura castiza y valiente; desde el fondo de las obscuras capillas, en que les tenían cautivos algunos estúpidos curas, enviaban torrentes de luz más allá del Pirineo.

A la rutina clásica y aburguesada sucedió la rutina modernista. Con pintar obreros tristes se quiso hacer la pintura socialista.

Con embadurnar la figura de un suicida sentóse plaza de evocador de las miserias sociales; con echar en diez metros de tela un colchón y varias desvencijadas sillas y mesas, quiso llevar al corazón moderno la impresión de la vida pobre y los conflictos del recibo de fin de mes. Eran, sin embargo, los mismos modelos de siempre, los antiguos reyes de la historia pintada, disfrazados de obreros y de burgueses. Los hondos dramas modernos, esos que han vuelto del revés una sociedad y con fulgores ensangrentados señalan el obscuro camino del porvenir, esos apenas habían preocupado á nuestros pintores. La revolución hecha en la novela con Galdós, la Pardo Bazán, Palacio Valdés y Picón; el empuje impetuoso marcado en nuestra poesía por geniales vates; la honda huella señalada en política y ciencias por el tumulto obrero, apenas llevaba á nuestras Exposiciones los débiles ecos de tísicas voces.

*
*
*

A una falange de artistas que por derecho propio preside y arena el insigne Sorolla, pertenece la gloria del porvenir.

El gran artista que con el *Entierro de Cristo* marcara á la pintura religiosa tan audaces rumbos que el meliflúo Fernanflor se espantaba, hasta el punto de comparar aquel cuadro sublime con el entierro de un «salteador en Sierra Morena»; el Sorolla, un tanto inclinado al estilo sentimental de Pérez Escrich en su lienzo *Otra Marga*-

rita, debía llegar á lo más elevado y majestuoso, del arte, retratando con pinceladas vigorosas la vida moderna.

¡Gracias á Dios que Sorolla se deja por un momento de la influencia viciosa de exposiciones, premios, ventas, compras, modas y recetas! Los grandes pintores pocas veces han esclavizado su pincel á la impresión abrumadora del público. Velázquez y Goya, pintores de la corte, fueron los más tremendos y revolucionarios críticos de ella. Cuando el artista desposeído de influencias nocivas se deja dominar por el natural, conmovedor y elocuente siempre, cuando tira por la ventana el fingido tesoro acumulado por rutinas y bombos, ¡ah! en tonces llega á la inmortalidad con muy poco esfuerzo. Los grandes lienzos nacieron como la flor, por obra del Sol y del jugo que hizo estallar los apretados botones para extender por la tierra sus perfumes....

Yo me imagino la impresion de Sorolla, porque alguna muy parecida había experimentado. Un verano, la corte de la regente, gozaba de las delicias del Cantábrico. Era el santo de una princesa. Muy temprano, los viejos cañones del castillo y las salvas de artillería de buques de guerra, saludaron á la infantil soberana. En la Concha dorada y azul el sol jugueteaba á modo de cortesano pagado para el mayor esplendor de la fiesta. De pronto escuché yo un alegre tumulto que invadía la playa. Como inmensa bandada de pajarillos, voces infantiles llenaban de alegría el mar.

Era un batallón de pobres incluseros á quienes se había concedido permiso para holgar. Habíanse despojado de sus pobres trajes de dril; el misero rebaño humano exponía á la luz dorada del sol un museo anatómico de la plebeya escoria social.

La historia de una sociedad parecía marcarse en aquellos desnudos cuerpos; historia de llagas, de tristezas, de crímenes, despojos del placer lanzados á la vergüenza en noches de orgía. Allí los cuerpos monstruosos confundían sus desnudeces burdas con aristocráticos torsos; caras marcadas por el latigazo del vicio oscurecían junto á rostros nobles de muchachotes rubios y de azules ojos, que quizás pudieran reconocer á sus padres en la fastuosa hora elegante de la playa rica.

Allí, en el Palacio Real, la tierna princesa aguardaba que penetrara el sol en su camarín para que los cortesanos le besaran la mano.

Impresión parecida debió experimentar el gran Sorolla. Vió la escena en el Cabañal. Los niños del asilo de San Juan de Dios iban allí á refrescar sus pobres cuerpecillos en el agua azul, que regala con sus esplendores por igual á los de arriba y á los de abajo.

Fuese días y más días al Asilo de los pobres enfermos, tocó la miseria social de cerca, su alma generosa conmovióse hondamente. Sin quererlo quizás, arrojó sobre el lienzo una página social terrible, tan terrible, tan conmovedora, que habríamos de recordar los terrores de Zola en sus Rougon Macquart, las espantosas llagas de *Lourdes* y de *Fecundidad* para encontrar en el arte parecido rastro.

El lienzo que vimos al otro día, al tiempo mismo que admirába-

mos otros hermosísimos cuadros de luz y aire libre, maestros en gracia, en luz, en alegría, en fiesta, es de aquellos que tan sólo á los seres faltos de alma y de cerebro pueden dejar fríos.

La luz cárdena de un día tempestuoso ilumina un mar profundo, pero tranquilo y caluroso. Los niños de San Juan de Dios entran á tomar el baño. Un hermoso muchacho rubio apoyado en sus muletas, cuerpo desquiciado por la imperfección, pero hermosamente clásico, entre complacido y temeroso dirígese hacia la orilla; otro infeliz, flacucho, anémico, seco, hermosamente disforme, parece anhelar el rato de placer que se le prepara. Varios chicuelos más, completamente desnudos, mostrando en sus cuerpos la señal de decadencia y vicios, juguetean alrededor de un hermano de San Juan de Dios, cuyo negruzco hábito se destaca en el azul de los mares. En el fondo los pobrecillos mutilados saltan alegremente sobre las aguas levantando montones de espuma. Un desdichado cojuelo levanta el muñón entre el oleaje, y sus contoneos, su risueña carita, por un momento hacen olvidar la honda pena. La entonación dulce, grata, armónica, fundida, en que brillan deliciosos tonos de carnes infantiles sobre un fondo sóbrio, vigoroso y solemne, impregna el cuadro de aquella sublime unción que reina en los lienzos de los grandes maestros del Museo.

El mérito de la composición se encargarán de alabarlo críticos ilustres. Quien como Sorolla ha logrado juntar uno de los asuntos más lamentables de la humana vida con impresiones plácidas, tranquilas, de honda y profunda belleza, bien puede titularse gran maestro. No es repugnante un asunto cuando tan profundamente conmueve el alma. ¡Miente quien tal diga! No es de indignación hacia los causantes de tanta infamia y pena el sentimiento que se apodera del espectador.

Allá en las lejanías del pensamiento adivínanse noches de placer, crímenes, abandonos, odios terribles de clase.

La majestad del mar borra con los besos de las olas aquellas negruras, cantando en gran fiesta de compasión el tierno abrazo paternal con que la Naturaleza estrecha á los desvalidos.

Fué el cuadro de Sorolla á Paris como embajador de la gran pintura moderna, sencilla, sublime, triste, honda, preñada de problemas y de amenazas, sin filosofías empalagosas, como claraboya abierta hacia los conflictos del porvenir.

Saludemos al primer cuadro moderno español.

Allá en Paris, la sociedad decadente, preocupada con el ocaso lánguido de las razas meridionales, se sentirá subyugada y dolorida ante el cuadro de Sorolla. Murillo pintó junto á los leprosos á Santa Isabel de Hungría. Falta esa Santa Isabel en nuestros tiempos. Las reinas del día se dedican á ahorrar.

Allá van por el mundo esos pobres niños tullidos, desnudos, cercenados con mutilaciones horribles. Son heraldos de las terribles veinganzas humanas. Del fondo de las aguas del Cabañal surge un inmenso grito de dolor.

Rodrigo Soriano.

Las maniobras de Carabanchel.

En los círculos militares no se habla de otra cosa. Los cuartos de banderas, animados como nunca,—como en aquellos buenos tiempos en que el general Cassola los recorría uno á uno y sin avisar—son en estos días, academias en las que el ministro de la Guerra se va atrayendo las muchas simpatías que se enajenó con el decreto suspendiendo las convocatorias militares.

Yó sé de buena tinta que la obra reformista del general Weyler tiene defensores y enemigos; pero sé también—y lo he de decir, porque me gusta ser claro—que de toda esa labor la mejor parte es la que dice á las maniobras de Carabanchel.

Es ya tiempo de que el Ejército se orece con el aire libre, de que pueda ir con la frente alta. Es tiempo ya de que el pueblo sepa que hay algo más que el *relevo de Palacio*.—Sacudiendo el polvo de los cuarteles, la pereza *oficial* á que se le tiene sujeto, estas maniobras servirán de muestra. Serán algo así como el acto necesario de sacar al sol, á la luz, una prenda cuyo uso puede ser de absoluta precisión. Y podrá verse de este modo si tiene manchas, sietes, desgarrones; ó si, por el contrario, se puede usar dignamente, sin que nadie la pueda poner falta.

Á mayor abundamiento, si el Rey, pasando revista á las tropas de todas las Armas, hace su presentación oficial ante el pueblo, es seguro que por solo este acto, las instituciones ganarán mucho.—Y basta ya de aplausos y de mieles.

No sé yo si el general Orozco—sobre el cual pesa gran parte de una tremenda responsabilidad ó de un aplauso general del país,—no sé yo, repito, si el general Orozco habrá atado todos los cabos que es preciso atar. Calculo que sí, y pienso que tendrá en cuenta las deficiencias de las plantillas—en Infantería principalmente—y las pésimas condiciones del Polígono para cargas de caballería y juego de artillería rodada. Más como en esto no cabe sino «cartuchera en el cañón» porque el que manda, manda...— el único remedio posible es aguantarse.

Punto de importancia capitalísima es la revelación del organismo académico, del cual—no sé yo por qué causa—se ha fijado una leyenda no muy en su lugar.

Hace unos días estuve en Toledo y allí hablé con el coronel Díez Vicario, director de la Academia de Infantería. Entre militares, es indiscutible *lo militen*, de Díez Vicario, que es de los pocos jefes cultísimos para quienes la vida de campaña es la «única» vida. Y, á pesar de esto, pude convencerme de que los alumnos de Toledo están en inmejorables condiciones *militares*. El campamento, las maniobras, la vida inquieta y ordenancista, es para ellos pan comido. Y

aunque su *intelectualidad* no desmerece—en proporción, por supuesto—de la de *Saint Cyre*, las faenas corporales no les cogerán de sorpresa.—Los cadetes de Valladolid, me aseguran que también están preparados. Y los de Segovia y Guadalajara—los de Guadalajara sobre todo—si bien no podrán *lucirse*, por el *maliz* de sus ejercicios y las condiciones del campo de maniobras, bien se puede asegurar que no harán mal papel.

Ahora, en lo que dice á Administración ó Sanidad, como no estoy enterado, no digo ni blanco ni negro. Supongo que á estas horas, los preparativos sean grandes.

Y, en lo que toca al Estado Mayor, la parte de más enjundia en unas maniobras, por más que nuestra Escuela de Guerra no anda muy allá, creo que cumplirá como bueno: más por su natural que por la educación estrecha y rancia que se le viene dando.

Lo que sí me parece á todas luces muy censurable, pero mucho, es que las reservas no toquen pito en las maniobras del día 16.

¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo andan en el palacio de Buenavista que no se han dado cuenta de la *plancha*?

¿Será, como me apunta un amigo periodista, porque el encasillado electoral no les deja tiempo ni para rascarse?

Joaquín Altamira.

Oficial del Ejército.

MOISES

...Y dijo al mármol: vive! De las entrañas duras surge el Profeta irguiendo su centenario busto con las pupilas hondas, inmóviles y oscuras cavadas en el hielo de su semblante agusto.

Las sienes calcinadas del rayo en las alturas, la planta vencedora del arenal adusto, y de su añosa barba las vívidas alburas la majestad le dieron de un Hércules vetusto!

Ceñido el rudo torso de piel cedeña, un manto veló, de niveos pliegues, su gigantéz de roble; con musculosos dedos asió la ley del Santo

sobre ancha piedra escrita. Y en ademán sereno, alzada al infinito quedó su faz inmóvil, como escuchando el sordo repercutir del trueno.

Guillermo Valencia.

La semana.

DE LA CALLE.

He visto la otra mañana, en la calle, dentro de un coche blanco, un ataúd chiquito, color de rosa. ¡Qué extraño aquel juguetito de la muerte, besado por el sol matinal, por el sol claro, paciente y tímido! Pasaba con lentitud, con tierna y llorosa lentitud, como una impresión obsesionante, como un esbozamiento nimio y trágico de Rusiñol. El ataúd iba de espaldas, iba como en cruz severa bajo sus flores briosas; y reía un poco su oro real, y reía también su recto brochazo color de ilusiones. Y dentro del estuchecito de raso crugiente, iba el beso muerto, las manos pálidas cruzadas sobre un lirio seco; la frente impasible al tumulto de la vida; los ojos hundidos en la sombra de una inmersión suprema, y en todo el tono de cera brusco, el duro tono que grita: ¡Yo soy lo irremediable!

Mirando con tumulto de ideas, el coche que se iba, la impresión de la calle desapareció; y ví los zapatos azules, la mariposa de oro de una carcajada extinta, y el espejeo diamantino de un alma asomada á unos ojos asustados de vivir.

Y de pronto la muerte, en un largo silvido de alondra herida en el cuello; y con la muerte un deshojamiento salvaje y violento de aquella florecilla de azahar que se balanceaba alegremente en su tallo.

Y bien, el coche se alejaba lenta, dulce, gravemente. Aquí y allá, el odio entonaba sus truenos roncós; aquí y allá, la vida arrasaba su cruz, sudando su agonía.

Vibraba en el aire la sensación de un grito supremo, con el alma de todo lo doliente, de todo lo trágico. Era como el «rasgamiento» que debieron dejar en el aire las siete palabras de la carne torturada. Y por en medio de aquel ambiente de torturas humanas, el cochecito fúnebre parecía alegre, como envuelto en un apoteosis de risa clara; y alegre también el héroe chiquito de aquel cuadro, el blanco Lohengrín, que caminaba en su capa hacia el misterio.

Cualquiera que sea, vale más que lo que rige en torno nuestro. El va á la tierra madre que se corona de nardos y se constela de jazmines; él se escapa de este aire, como la golondrina de morado terciopelo, que emigra, entonando la estrofa matinal del nuevo nido.

A. Luna.

El teatro y la vida.

LOS DÍAS DE MODA

Cada día me afirmo en la creencia de que *el abono* es el tirano teatral. Sin ir más lejos, en la comida que dió Berriatúa, hace poco, á unos cuantos autores, pintores y músicos, poniendo así *la primera piedra* para la ópera española, se habló, principalmente, del *abono*.

Claro es que se celebraron las óperas de Dicenta, Ramos, Sinesio y Fernández Shaw, con música de Arturo Villa, Chapí, Vives... y no sé quién más. Pero, ya digo, el tema preferente fué el de si, la marquesa de tal, capitana de los abonos, gustaría ó no gustaría de las óperas *en español*.

A mí, esto de que, siempre que se trate de arte dramático, saquen el gusto de la gente de buen tono, la verdad, me puede mucho. No sé por qué regla de tres, el estreno de una ópera, de un drama ó de una comedia, haya de someterse á la sanción de una corte vanidosa y perfumada.

Los empresarios del género grande están siempre que no les llega la camisa al cuerpo:—Mañana es *día de moda*. ¡Santo Dios! ¿Y qué cartel se da?

—A ver, que se consulte á la marquesa. A ver qué dice la marquesa. Tal drama no es del gusto de la marquesa.—¿Pero es usted empresario ó modisto?

Berriatúa, Ceferino y Escudero—famosa *trimurti* de nuestras empresas del género *grande*.—se pasan la vida consultando, inquirendo, averiguando siempre cómo le caerá á la marquesa tal ó cual obra. Gracias á que ya se han ido *jasiendo* y tienen su muletila especial.

Saben, verbi gracia, que, al formar la compañía, han de buscar actrices bonitas y galanes lo más elegantones que se pueda. Saben, asimismo, que *la moral* se deslíe hábilmente en jarrones de Sevres, llenos de vinos costosos; que los adulterios en alcobas de Luis XV, son sabrosísimos; que las necedades dichas con *humour*, se ríen por la «selecta concurrencia»; y, por último, que *los días de moda* son insaciables, en punto á sinvergüenzadas de teatro, con tal de que la obra tenga ambiente lujoso y en ella las mujeres luzcan vestidos costosísimos y los hombres recuerden por su desenvuelta elegancia á aquel Medrano de feliz memoria.

Por eso, y sólo por eso, tiene la Princesa el molde de *La corte de Napoleón*, donde vació Cavestany *La duquesa de la Vallière*, y *La reina y la comedianta*—motivos *preciosistas* para pavanas con vestidos caros; y de ese mismo molde sacó Ceferino su *Pepita Tudó* y su *Vicaria*—dos *falsillas* para escribir cartas de D. Ramón de la Cruz.

Y, por la misma razón, Berriatúa se gastó un dineral en *Nerón*,

de Cavestany; y, si no se atraviesa *Electra*, hubiera puesto una comedia de Gaspar, también de *falsilla*. Y, por igual motivo, Escudero nos presentó á la Mariani, á la Réjane y á la Vitaliani, cuyos guardarropas respectivos ya sabe todo el mundo qué valen miles de miles.

¿Hay razón para esta odiosa tiranía de la gente rica y selecta? Porque yo creo que los demás mortales somos hijos de Dios, y que nuestro dinero vale igual que el suyo.

Aparte la consideración moral, de espíritu idealista, de que las empresas deben atender al arte antes que á todo, hay otras razones *de dinero*, industriales, en contra de este *acaparamiento* de los *días de moda*. En primer lugar, supongamos que los empresarios dicen: «—Se acabó lo que se daba. Ya me carga á mí *la marquesa* y el abono. No abro abono...»

¿Creer ustedes que perderían mucho? ¿Que la aristocracia iría *al retraimiento*? ¿A que no? ¿Qué iban á hacer de noche esas gentes? Porque los bailes, los tés y las comidas, ya se sabe que cuestan un sentido: es más, á mí me ha dicho una generala de esas de alto *co-pete*, que los *días de moda* ahorran mucho dinero. De modo, que no hay que creer en la esplendidez de los abonados, sino en el *ahorro* que el abono produce.

Además, señores empresarios, que no todo va á ser «vida y dulzura». El abono les libra á ustedes de hacer cábalas, pero también tiene sus contras; ni los autores, ni el gran público, ni vuestras conciencias mismas se llevan bien con ese sistema comodón de tomar el abono, pagar gastos y echarse el resto en el bolsillo. Porque ya sé yo que no sois muy puritanos, que á las habillitas hacéis oídos de mercader; pero ¡qué diantre! también os da muchos disgustos esa cadena del *abono* que lleváis al cuello, y con la cual os traen y os llevan como á monas de húngaros...

Y si teméis que las salas de vuestros teatros, sin la «selecta concurrencia del abono», no estén perfumadas y olorosas, yo os respondo de que sí lo estarán. Porque, después de todo—sabadlo, señores míos,—ya hasta las modistillas del tres al cuarto huelen como las princesas de más fuste...

Luis Algarinejo.

Letras francesas

LA BALADA DE LA CABAÑA

«¡Esta niña se ha muerto, se ha muerto en
[sus amores!]
Al alba, la han llevado hasta la tierra fría,
la han acostado sola, con su traje, en la caja,
y han vuelto alegremente con las luces del día.

Y han entonado, cada cual á su tiempo,
esta vieja balada de monótona rima:
«¡Esta niña se ha muerto, se ha muerto en
[sus amores!]
y han ido al campo alegres, como todos los días.

Paul Fort.